

In memoriam

Manuel Tapia: Una gran figura de la Bronconeumología española

Para todos ha sido un gran impacto el fallecimiento del doctor Tapia Martínez, en el día primero de este año. Es verdad que hace ya años, a causa de su salud, estaba alejado de nuestras actividades; pero desde la fundación en 1956 de la Sección Española de la Asociación Internacional para el Estudio de los Bronquios hasta 1963, en que dimitió la presidencia y dejó de asistir, no sólo fue el presidente, sino uno de los miembros más activos. Todos recordamos sus clarividentes intervenciones y sus magníficas conferencias. Como la mayoría de los constituyentes de dicha Sección Española, no fue exclusiva o fundamentalmente un broncólogo, aunque contribuyó grandemente al conocimiento de la Patología bronquial. A lo largo de su vida se enfrentó con variadas tareas, en cierto modo unas consecuencias de las otras, que prestan a su quehacer aspectos diferentes dentro de una línea general y lógica.

Durante su carrera, seguida en Madrid, había sido un magnífico estudiante, de

mente lúcida e intenso amor al estudio y al trabajo. En esta época, aparte de seguir los cursos con extraordinaria brillantez, dedicó especial afán al estudio de Anatomía patológica con Tello, mi padre, y con Ruiz Arcaute en el Departamento de Autopsias de la Facultad de Medicina. También a la práctica de la Clínica con Marañón en el Hospital Provincial. Entonces éste tenía a su cargo las Salas de Infecciosos. Allí empezó el interés de Tapia por las enfermedades infecciosas. Para completar el conocimiento de ellas trabajó en Bacteriología, primero al lado de Tello y después, sobre todo, al lado de Ruiz Falcó, en la Sección de Epidemiología del Instituto Nacional de Higiene. Al acabar la carrera, en 1918, polarizó su esfuerzo en la Bacteriología y en la Clínica de enfermedades infecciosas, trabajando en el Hospital Provincial por la mañana y en el Instituto Nacional de Higiene por las tardes. Pronto descolló en ambos campos, que se complementaban. Dentro del Instituto Nacional de Higiene,

dirigido hasta 1920 por Cajal y después por Tello, con un equipo de figuras espléndidas, como Falcó, Illera, Ramón y Fañanas, Arcaute, Obdulio Fernández, Julio Blanco, García Izcara, Pittaluga, De Buen, Partearroyo, Garmendia, Ortiz de Landázuri, Jesús Jiménez y Gil y Gil y otros muchos, Tapia, a pesar de su juventud, pronto fue de los más destacados. En esta época trabajó con afán y relieve en distintos Servicios de la Sección de Bacteriología y Epidemiología. Estuvo especialmente encargado del Servicio de Difteria y Suero Antidiftérico. Asistió, con Falcó y Julio Blanco, a brotes de tifus exantemático en la zona occidental de Andalucía y de Galicia. Aparte de varios trabajos, fruto de aquella labor fue un libro sobre tifus exantemático, en colaboración con Julio Blanco, y otro sobre profilaxis de la difteria. Hacia el año 1923 estuvo trabajando pensionado en el Instituto Serológico de Copenhague y una breve temporada en el de Frankfort.

Por su trabajo, también destacado, en la Clínica de Infecciosos con Marañón, cuando el director general de Sanidad, doctor Martín Salazar, decide construir el Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas, el Hospital del Rey, nombrando director a Marañón, éste designa a Manuel Tapia como jefe clínico. En 1924, cuando está finalizándose su construcción, surgen profundas discrepancias, por asuntos extramédicos, entre el ministro de la Gobernación y Marañón, siendo éste separado de la dirección del Hospital del Rey. La Administración decide sacar las plazas a oposición. En una primera convocatoria, a pesar de haberse presentado varios opositores, queda vacante la dirección. Tapia era la persona idónea para tal cargo. Pero por lealtad a Marañón, esperando que el conflicto se solucionase, no intervino en la primera convocatoria y se resistió a presentarse a la segunda. Dos personas influyeron sobre él de modo fundamental para que lo hiciera. Tello le presionó, utilizando la devoción de Tapia hacia él, por la importancia que para la nación, y especialmente para la Sanidad, tenía el que se encargase del naciente Hospital de Enfermedades Infecciosas un clínico que realmente estuviese dedicado a ellas, conociera a fondo la Bacteriología y estuviera versado en Anatomía patológica.

La otra fue el mismo Marañón, patentizando a Tapia su satisfacción porque fuese su sustituto.

Las condiciones de Tapia se impusieron en la concurrencia con un eminente clínico de la Medicina interna, y en 1925, a los treinta años, fue nombrado director del Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas.

Realmente, su trabajo allí fue breve: de 1925 a 1936. Pero fue intenso y de gran realce. Organizó un hospital moderno, que destacaba con mucho sobre lo que había entonces en Madrid. Los enfermos infecciosos eran estudiados exhaustiva y profundamente. Muchos médicos jóvenes, clínicos y bacteriólogos, le prestaron su concurso, y el equipo conseguido a los cinco años de trabajo era realmente bueno. Estuvo pensionado por la Fundación Rockefeller en una estancia de varios meses para trabajar en los Servicios Infecciosos de Baltimore, Nueva York y Boston. Ello le ayudó en la organización de su Hospital. En aquellos años era probablemente el Servicio donde se llevaba de modo más completo las historias. La atención que recibían los enfermos, para aquellos años y en un hospital español, era extraordinaria. Se dedicó con pasión y energía a la enseñanza de la clínica de los procesos infecciosos. Su magisterio se realizó, sobre todo, junto a la cama del enfermo, discutiendo con los médicos asistentes historia, exploración, datos del laboratorio y otros complementarios. Por ello, la visita a las camas de enfermos duraban cerca de tres horas diarias. También se dieron cursos cortos. En el año 1933 se completó con sesiones clínicas en una pequeña aula. Era además profesor de la Clínica de Enfermedades Infecciosas de la Escuela Nacional de Sanidad. Pronto fue considerado como el mejor conocedor en España de las enfermedades infecciosas.

Yo había seguido desde niño la trayectoria de Manuel Tapia. Era en su juventud una persona viva y simpática. Muy afectuosa con niños y jóvenes. En 1931, al acabar mi carrera, empecé a ir al Hospital del Rey, proyectando una breve estancia para aumentar mis conocimientos biológicos y clínicos. Pero el ambiente del Hospital y, sobre todo, el influjo de Tapia me decidieron a quedarme. Allí estuve hasta 1935, en

que marché pensionado a Alemania, separándome del Hospital a mi vuelta, en mayo de 1936. En esos años, Tapia y los médicos del Hospital dedicamos una gran parte del esfuerzo al estudio de la tuberculosis. Allí, coincidiendo con las observaciones dispensariales y anatomopatológicas de los alemanes, principalmente, y de los escandinavos, se cambió el concepto de la antigua Tisiología por el concepto de una enfermedad cíclica, cambiante y multifacética a la vez. La atención de Tapia y de buena parte de nosotros se dirigió al estudio de las formas agudas, granulías, infiltrados, pleuritis y neumonías. Le acompañamos, fundamentalmente, Pedro Zarco, Torres Gost, Baquero, Carlos Díez, Navarro Gutiérrez, Merino Hompanera, Merino Zumárraga, Alvaro Urgoiti, Calonge, González Gil, Bustinza, Jordá, Tapia Sanz, Sobrini Ortiz de Landázuri y yo. Episódicamente, otros muchos, entre los que recuerdo a Carlán, Bozal y Mínguez. Se empezó a hacer un cuidadoso estudio radiográfico y una detallada valoración clínica para la interpretación de la evolución del proceso. Sobre todo, una detallada comparación con las piezas anatómicas. En los primeros años del Hospital, el mismo Tapia había sido el anatomopatólogo. A mi incorporación al Hospital, lo fui yo durante un breve período de tiempo, iniciando la fijación por inyección de los pulmones y los cortes seriados en bloque de ambos pulmones y corazón. En 1933 se hizo cargo del Departamento de Anatomía Patológica, ampliando su cometido, Ramón Martínez Pérez, que en 1940 pasó a desempeñar la Cátedra en Zaragoza.

La otra tarea que sé emprendió por entonces bajo la inspiración de Tapia fue diferenciar las alteraciones pulmonares no tuberculosas de las producidas por dicha etiología. Se estudiaron las alteraciones respiratorias de la tos ferina, sarampión, gripe, bronquiectasias, infiltrados fugaces, etcétera.

Fueron diez años realmente fructuosos en los que se aumentaron grandemente los conocimientos sobre las enfermedades infecciosas y, muy fundamentalmente, de la tuberculosis. Se produjeron gran número de trabajos, principalmente por él, y varias monografías. Gran parte de las publicacio-

nes fueron recogidas en forma de tomo anual en los "Trabajos del Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas". Se formaron numerosos discípulos, varios de los cuales a su vez han sido auténticos maestros.

La Guerra Civil trunca esta marcha. En octubre de 1936, Tapia marcha a París. En 1937 es invitado a dar un Curso de Tuberculosis en la Estancia Sanatorial de Caramulo, genial creación de un tisiólogo práctico portugués, el doctor Jerónimo Lacerda. Pero se queda allí como director científico. También allí realiza una gran tarea. Vuelve a ser un gran maestro y surgen numerosos discípulos portugueses de valía indiscutible: Horta Vale, Soares de Oliveira, Neves, Pizarro, Jao Lacerda, Veloso, el español Menéndez, y otros que se desplazan a Caramulo para seguir sus enseñanzas. Allí, en 1943, realiza una publicación fundamental, su libro "Formas anatomoclínicas de la tuberculosis pulmonar", reeditado y corregido posteriormente. En 1949 edita su otro gran libro, "Formas anatomoclínicas de la tuberculosis traqueobronquial". También fundó los "Archivos de Tisiología". Además publicó numerosas monografías y otros libros. El fallo que sentía en Caramulo era la falta de necropsias y de estudios anatomopatológicos.

En 1951 visité la Estancia Sanatorial de Caramulo y pude comprobar el afecto y la gran consideración científica que inspiraba no sólo entre los médicos de la Estancia, sino entre los médicos de todo Portugal, el pueblo y la sociedad distinguida. Oliveira Salazar le dedicó una cordial y especial amistad.

A pesar del afecto que le rodeaba, del agrado de su vida en Portugal y de la satisfacción de su actividad, le atraen el cariño y la pasión por España. En 1947 empezó a simultanear temporadas en Madrid con su trabajo en Caramulo. Posteriormente, continúa ampliando sus estancias en Madrid y organizó una consulta privada, teniendo como colaborador en ella a Luis Cerezo. Afluyen de nuevo los enfermos, deseosos de ser atendidos por él o de consultar su opinión. Pero la salud, inestable hace ya muchos años, condicionaba una limitación.

Desde 1947 a 1963 dio varias conferen-

cias en distintos sitios de España, asistió a varios congresos y reuniones y dio algún curso corto en el Aula del Instituto de Patología Médica, dirigido por Marañón.

Todo ello lo realizó teniendo durante más de treinta y cinco años una salud precaria, sufriendo varios y graves procesos abdominales y torácicos, siendo intervenido quirúrgicamente creo que hasta ocho veces. El ferviente espíritu de Tapia por su trabajo médico se sobreponía a estos graves contratiempos continuando con la misma intensidad su tarea. Tuvo una mente muy lúcida y una gran inteligencia que transformaba en quehacer fecundo su apasionada forma de ser. Su inquietud y su curiosidad abarcaban un enorme campo y se mantuvieron alerta. Cuando en la segunda mitad de los años cincuenta empezamos a intentar una orientación hacia una base fisiológica de la Patología respiratoria y comen-

zamos a realizarla en mi grupo de trabajo, me manifestaba su pena por no poder participar en ello.

Manuel Tapia, del cual nos enorgullecimos como miembro de honor nuestro, ha sido en verdad maestro directo o indirecto de la gran mayoría de los neumólogos españoles. Su contribución personal al conocimiento, sobre todo, de la evolución de la tuberculosis, especialmente de la pulmonar, ha sido notable e importante.

A su viuda, Carola Benguría, que fue su compañera constante durante su vida, rodeándole de una atmósfera hogareña de tranquilidad y amor, y que fue su sostén en la precaria salud de él, los miembros de la Sociedad Española de Patología Respiratoria le expresamos nuestro afecto y dolor.

Francisco Tello Valdivieso